

menor de diez y seis años, la pena será la de presidio temporal.»

La acusada, en el curso de la causa, no dió ninguna muestra de arrepentimiento; por el contrario, predispuso contra ella al jurado con su actitud altanera y su obstinación en negarse á ilustrar al tribunal. Convencida, no obstante, de haber entregado varias víctimas á un desconocido, y de haberle ayudado para la consumación de su crimen, fué condenada á cinco años de presidio.

Eso es lo que se veía claro. Pero lo que no se veía claro era precisamente lo que á mí me interesaba. ¿Por qué, con qué objeto, Marcela, que podía escoger sus amantes, había querido hacerse amar por un obrero como yo? Si obedecía á uno de esos caprichos que son habituales en las mujeres de su clase, ¿por qué no satisfacer por completo su capricho? ¿Por qué me había hecho sufrir y me había atormentado durante tanto tiempo? Antes me decía yo: «Es una joven honrada... Se defiende hasta el último extremo... Teme el desenlace...» Después, ya no podía contentarme con esa razón, puesto que la causa demostraba que hacía mucho tiempo que era una cortesana, más dispuesta á entregarse que á resistir.

Pronto debía saber á qué atenerme.

XI

Cuando hubo recaído sentencia — continuó Fortier, — no tuve más que un solo pensamiento: verla, hablarle, enterarme de ciertas cosas que me parecían oscuras, saber por qué me había atormentado tanto.

La habían vuelto á llevar á San Lázaro, mientras Regaba el momento de su traslación á una cárcel central, pues en estas cárceles, por una infracción de la ley, cumplen las mujeres, no sólo la pena de reclusión, sino también la de presidio.

¿Cómo, con qué título podía yo esperar que me admitiesen en la sala de visitas de San Lázaro? Yo no era ni marido, ni hermano, ni pariente de Marcela Hebert... En efecto, la Prefectura de policía desestimó mi petición.

Pero supe muy pronto que Marcela había sido llevada á la cárcel de mujeres de Clermont, en el departamento del Oise. Estaba ya, por consiguiente, bajo la inmediata dependencia del Ministerio del Interior, y podía yo intentar nuevas gestiones. Pero, esta vez con más experiencia, comprendiendo que, entregado á mis propias fuerzas, no lograría nada, conseguí que mi patrón me recomendara á un jefe de negociado de la Administración de Establecimientos penales. Hizo

la vista gorda sobre la irregularidad de mi situación y me concedió la autorización apetecida para poder entrar en la sala de visitas de Clermont.

Llegué á esa ciudad, ansioso, atormentado. ¿Consentiría Marcela en verme? Los penados pueden libremente negarse á recibir las visitas de las personas que les disgustan ó á quienes temen.

No se opuso á recibir la mía y se dejó llevar á mi presencia.

Cuando pudimos hablarnos, me dió las gracias por no haberla olvidado, pareció conmovirse por el recuerdo que yo conservaba, y me dijo: «Vales mucho más que el otro... por el que estoy encerrada en esta cárcel.» Pero, cuando le pregunté por la persona á quien llamaba «el otro,» no quiso contestarme. «Espera, espera...—dijo.—Ya llegará el día en que podré hablar, y entonces te necesitaré, contaré contigo, como tú podrás contar conmigo.» Y, al través de la reja que nos separaba, me miraba como sabe mirarme cuando quiere enloquecerme.

Volví de tarde en tarde á Clermont... Temía que en la cárcel me notaran, se fijaran en mí y que me negaran aquellos permisos de visita que, á pesar de ser tan poco frecuentes, constituían toda mi dicha.

Transcurrió un año. La reclusión, el aislamiento, en vez de apaciguarla la volvían, últimamente nerviosa, inquieta, agitada. Pero creí que causas ajenas á su condena, causas, por decirlo así, exteriores, eran las que atormentaban su espíritu.

No me equivocaba. Hacía seis semanas que no la había visto. Un día fué á la sala de visitas con el co-

lor de la cara más arrebatado que de costumbre, con la mirada brillante, con un estremecimiento continuo en los labios. Se acercó lo más que pudo á la reja que nos separaba, y con voz muy baja, contenida, pero irritada, gutural, me dijo: «Me ha abandonado por completo... No ha cumplido ninguna de sus promesas... Iba, según decía, á conseguir mi indulto, ó por lo ménos, mientras tanto, á proporcionarme ciertos favores especiales que me hubieran hecho menos penosa la reclusión... Pues bien, no ha hecho nada por temor de comprometerse... Ni siquiera ha venido á traerme algún consuelo, á decirme que espere... y eso que ya estoy sentenciada... que nada tiene que temer... No volverán á empezar la causa... y, si le denunciase, es bastante poderoso para que no hicieran caso de mi denuncia... Y sin embargo, si hubiera querido perderle, si hubiera querido hacerle prender y condenar como á mí, no hubiera tenido más que nombrarle en el sumario ó durante la causa... No he querido... No he querido... Me había dicho: «Si me pierdo al mismo tiempo que tú, no podré salvarte después, y juro que te salvaré.» Me había compadecido de él, y él no se ha compadecido de mí.»

Se detuvo, murmuró algunas palabras insignificantes y sin alcance, mientras que una hermana de la Caridad, que nos vigilaba, se acercaba á nosotros. Después, cuando la hermana se hubo alejado, repuso vivamente:

«Sí, me compadecí de él... Había sido mi primer amante... uno de mis pocos amantes, á pesar de lo que se ha dicho... A los diez y seis años era yo ya una

hermosa muchacha... Me había pervertido y le amé como se ama al primer hombre que nos enseña á amar... Le amaba por su elegancia, por su distinción y por sus vicios... Sí, me había cogido casi en la infancia para enseñarme y educarme á su imagen, á su manera... El éxito fué completo... Llegué á igualarle... Nunca había hecho vibrar la más pequeña cuerda de mi corazón... Sólo se había esmerado en pervertir mi espíritu y en desarrollar é incitar mis sentidos.

Durante bastante tiempo se contentó con mi amor. ¡Ya lo creo! era yo bastante joven y bastante linda para que se diese por satisfecho; no podía encontrar una querida más perfecta. Pero tal vez era demasiado perfecta... Se cansó de mí, ó más bien su pervertida imaginación tuvo que acudir á nuevas excitaciones. Entonces fué cuando me hizo desempeñar el papel que has sabido por la causa... Antes de sucumbir resistí, pero suplicaba, amenazaba... Yo temía perderle... Me parecía que no iba á poder vivir sin él. El vicio, el crimen nos habían encadenado uno á otro.

La hermana de la Caridad volvía otra vez hacia nosotros. Interrumpió su relación.

XII

En cuanto la hermana se hubo alejado, Marcela continuó sus confidencias. La escuché con mayor avidez: comprendía que había llegado el momento en que iba á hablar de mí, hacerme tomar parte en su vida.

—Para obedecerle—dijo,—consentí en volver á ser lo que había sido cuando él me conoció, es decir, simple obrera... Por desgracia tuya, fui á elegir precisamente la casa en que tú vivías. ¿Por qué te he parecido bonita? ¿Por qué te has ocupado de mí?... No has tenido suerte.

Y, sin embargo, yo no era insensible desde el primer momento á la afección que me manifestabas. Tu amor puro y enérgico, que sucedía á otros amores gastados y malsanos, no me disgustaba. Libre, fuera del dominio del hombre que había llegado á apoderarse por completo de mí, te hubiera pertenecido... De todos modos hubiera sido tuya. Hubiera sido suya por costumbre, por obediencia, y tuya para calmar los ardores que él provocaba en mí sin poderlos aplacar.

Pero cometí la falta de hablarle de nuestras relaciones... Sí; describiéndole tu amor, creía galvanizar el suyo, atizar el fuego próximo á extinguirse, provocar sus celos.

¡Celoso él! ¡Quita allá! ¡Está demasiado corrompido, demasiado depravado, para ser celoso!... Los celos son un sentimiento, y él no sabe lo que son sentimientos, no conoce más que las sensaciones... ¿Sabes lo que me contestó cuando le hablé de tí? Me dijo: «¡Ah! ¿De veras te ama?... ¿Te pinta su amor con frases abrasadoras?... ¿Es elocuente, apasionado, ardiente?... Quisiera verle y oírle... Me rejuvenecerá.»

Entonces se le ocurrió la idea... idea monstruosa, ya lo sé, sólo podía nacer en una cabeza como aquella... se le ocurrió la idea de escucharte, de espiarte, de hartarse con tu pasión.

Al mismo tiempo, su proceder era muy hábil... De ese modo no tenía nada que temer de mis relaciones contigo... Iba á ser el confidente de nuestros amores, amores que no podían pasar de cierto límite, y que podía interrumpir, acabar con un solo gesto.

Cuando una mala idea entra en un cerebro como el suyo, no tarda en producir sus frutos... Poco después, obligada por él, obedeciendo tal vez también á mi propia corrupción, te cité en aquel cuarto de la calle de Provence, que yo tenía amueblado hacía mucho tiempo, por orden suya, y que la policía, que se cree tan lista, ni siquiera ha sospechado.

Te recibí en el salón, mientras que él estaba en la habitación inmediata, detrás de un doble portier.

La consigna era que tú tenías que hablar, y nada más. Él debía escucharte. Pero, mejorando su idea, completando su pensamiento, te dejé estrecharme en tus brazos, prodigarme tus besos.

Me decía á mí misma: «¡Ah! lo que es ahora, esta-

llarán sus celos... Acabará su espionaje... Vendrá á separarnos... Y yo te atraía hacia el portier... Estabas demasiado enloquecido para notarlo... Te atraía hacia aquel lado para que nos viera bien.

Pero no hizo ni un solo movimiento que pudiese revelar su presencia.

Mas cuando te marchaste, desesperado, irritado por mi resistencia, él se apresuró á reunirse conmigo. Había recobrado toda su juventud.

Ese es el papel que has representado durante tanto tiempo... Has sido mártir de aquel hombre.

Se detuvo. La hermana venía á avisarnos que había transcurrido ya el tiempo destinado á las visitas.

Me marché, calenturiento, con el corazón lleno de ira y de odio... ¡Ah! no la aborrecía á ella, le aborrecía á él... ¡Él, miserable!... ¡Ah! ¡cuánto hubiera dado por poder matarle, matarle al instante para vengarme!

Pero no sabía ni su nombre... Marcela no había tenido tiempo de decirme lo... ¡Tal vez no quería descubrirle!

Pasaron quince días... Quince días de furor, de rabia contra aquel hombre... quince días durante los cuales la tenía sin cesar ante mis ojos, á ella, á su cómplice... ¡Y, á pesar de su infamia, seguía amándola!

Por fin volví á Clermont... Vino á la sala de visitas... Estaba más agitada, más irritada aún que la última vez... Se inclinó hacia mí y me dijo:

—¡No sólo es un miserable, sino que es un cobarde, un traidor!... Una presa en quien tengo confianza y que acaba de cumplir su condena se encargó de llevarle una carta mía, de verle y hablarle, de suplicar-

le que me saque de esta cárcel en que me estoy muriendo... ¿Sabes lo que ha contestado?... «¿Marcela Hebert? No la conozco... No sé de quién me habla usted.» ¡Me ha renegado!... Y tiene otra querida... Una joven á quien ha perdido, á quien ha corrompido como á mí... Lo sé, lo sé... Pues bien, ¿quieres matar á ese hombre?

—Sí, sí... Lo quiero, lo quiero... ¡Su nombre, su nombre!

—Se llama X... Vive en la avenida Friedland... Mátale, y te juro que te perteneceré toda mi vida... Te juro que un día nos reuniremos.

Y, sublime en su furor, logró darme por entre las rejas que nos apartaban uno de aquellos besos de otros tiempos.

XIII

—Había jurado matarle—continuó Fortier—y sólo ya, entregado á mí mismo, á mis reflexiones, lejos de Marcela Hebert, no me vino á las mientes siquiera el desprenderme de mi juramento.

Sí, quería matarle, estaba resuelto... No sólo para vengarme yo, sino también para vengar á Marcela de la vergüenza en que la había hecho vivir tanto tiempo y del abandono en que la tenía entonces... Quería

matarle también porque la había poseído, poseído por completo, mientras que yo sólo la había poseído á medias... Y, por fin, quería matarle porque el recuerdo de sus amores volvía con frecuencia á la mente de Marcela, que tal vez le amaba aún.

De regreso en París, me dirigí inmediatamente á la avenida Friedland, vagué por los alrededores del hotel que me había indicado, hice charlar á los vecinos. M. de X... vivía en su hotel con numerosos criados. Era soltero, muy rico y pasaba por tener una conducta irreprochable... Nunca veían entrar en su casa mujer alguna. ¡Ya lo creo, como que las veía fuera, en los sitios destinados á ese efecto!

Una reflexión me detuvo: ¿y si no fuera él? ¿y si me engañaba? ¿y si Marcela me había enterado mal?

Quería tener completa seguridad para dar el golpe más fuerte.

Al día siguiente me instalé en un café, enfrente de su casa. Me habían dado sus señas: era un hombre de unos cincuenta años, rubio, canoso, de poca estatura, elegante. Salió á las tres de la tarde. Le conocí en seguida.

Iba á pie; me puse á seguirle de lejos. Bajó la avenida Friedland y después el boulevard Haussmann. Al llegar á la Chaussée d'Antin, se dirigió hacia la calle de Provence. Por lo visto, iba á la casa en que, por orden suya, Marcela me atraía á mí en otro tiempo. Iba á ver á otra mujer, á otra esclava de sus caprichos, á otra proveedora de sus placeres.

Antes de entrar titubeó y miró en derredor suyo para cerciorarse de que nadie le seguía. No me vió. Me

había ocultado detrás de un coche. Pero tan pronto como entró, atravesé rápidamente la calle, me metí en la casa y subí tras él. En el tercer piso se detuvo, y, mientras que yo atravesaba el descansillo, como si fuera á los pisos superiores, le vi sacar una llave de su bolsillo, abrir y desaparecer rápidamente. ¡Él era, él era! No había duda posible. Entonces resolví acabar de una vez... No podía esperar más... No podía más...

Bajé algunos escalones y llamé á la puerta del tercer piso. Salió á abrir él mismo, creyendo probablemente que abría á su querida. En cuanto me vió, trató de cerrar la puerta entreabierta. Pero empujé con todas mis fuerzas, entré, y, volviendo á cerrar la puerta y recostándome en ella, exclamé:

—Ahora nos vamos á entender los dos.

Admirado de aquella brusca invasión, M. de X... me miró en silencio.

—Vamos—repuse,—hágame usted entrar en su gabinete... Quiero que me reciba en él.

—¡Usted quiere!...—dijo por fin.—¿Quién es usted para darme órdenes, para introducirse de un modo tan brutal en mi casa?

—¿Quién soy? Soy Armando Fortier... Ya sabes, el hombre á quien Marcela Hebert, tu querida, recibía aquí para obedecerte... Vamos, ven... Quiero volver á ver el sitio que ha sido testigo de mis amores mal-ditos.

Y, sin esperar su contestación, le cogí del brazo y le arrastré... No hizo resistencia alguna... Comprendía que no podía hacerla.

Había entrado; volvía á ver aquel gabinete, aquellos

muebles, aquel diván ante el cual me había arrodillado tantas veces cuando ella se reclinaba... Veía también aquel portier, aquella tapicería detrás de la cual me espiaba el infame.

Ahora me había conocido... En efecto: yo no le conocía, pero él sí... No podía haber olvidado ni mis facciones ni mi voz... Me conocía como el espectador de un palco proscenio conoce al actor que ha trabajado en una misma comedia durante tres meses á presencia suya.

Comprendió al mismo tiempo que yo estaba muy enterado, que sería inútil fingir y negar, y con voz que procuraba ser firme, dijo:

—¿Qué quiere usted? ¿Qué cantidad exige para aplacarse... para que no vuelva á oír hablar de usted?

—¡No quiero dinero tuyo...—exclamé;—lo que quiero es tu vida!

Al mismo tiempo saqué del bolsillo un puñal largo, afilado, que yo mismo había preparado... Me arrojé sobre él y se lo hundí en el corazón.

Dió un grito y fué á caer sobre el diván en que en otro tiempo se reclinaba Marcela.

Entonces, loco de rabia, embriagado por la vista de la sangre, exaltado por mis recuerdos, me arrojé de nuevo sobre su cadáver y le herí otra vez... cien veces... mil veces... durante mucho tiempo, mucho tiempo.

XIV

Cuando me harté de hundir el puñal, lo arrojé sobre la alfombra y me puse á andar por el gabinete de un lado á otro, desde la puerta hasta el balcón, con las manos llenas de sangre, con los pies metidos en el charco de sangre, furioso aún, feroz.

No intentaba escaparme, ni siquiera lo pensaba. Es verdad que ya no veía el cadáver de mi víctima; la había olvidado por completo. Lo único que veía era á Marcela, como en otro tiempo, con el cabello suelto, reclinada en mis brazos, sus labios sobre los míos. Y me decía á mí mismo que me pertenecía en cuerpo y alma... que nada nos separaba ya... La muerte de aquel hombre, mi crimen me la había entregado por fin.

De repente oigo un ruido. Una puerta se abre y se vuelve á cerrar... Suenan pasos ligeros en la antecámara. Luégo, en el umbral, apareció una mujer... sin duda aquella á quien M. de X. había dado cita aquel día.

Me paro. Arrojo sobre ella una mirada, nada más que una, y prosigo mi paseo.

Ella, espantada, aterrorizada, empieza á lanzar gritos y echa á correr.

Y yo sigo andando... Sigo viendo á Marcela... Sigo creyendo que estoy con ella.

Poco después, invaden la habitación en que me hallaba los vecinos y la policía.

Se arrojan sobre mí... No trato de hacer resistencia... Me atan, me sujetan... Pero ¿qué me importa? El comisario de policía me lleva frente al cadáver y me dice:

—¿Es usted el que ha matado á ese hombre?

Levanto la cabeza y contestó con orgullo:

—Sí, yo he sido.

Entonces me hace más preguntas... Me callo... No le oigo ya.

Me llevan... Me hacen bajar la escalera... La calle está llena de gente... Gritan por todas partes: «¡Ése es el asesino, ése es!»

Por la portezuela del coche en que me hacen subir, arrojé sobre la multitud una mirada de desafío y le grité: «Sí, soy el asesino.»

Me llevan á la cárcel... Me incomunican en una celda.

Sigo paseándome durante mucho tiempo aún, agitado, estremecido.

Llega después la noche. Con la oscuridad, con el silencio profundo que me rodea, la calma me va volviendo poco á poco.

Mi crimen no me inspira horror alguno. Si tuviera que volver á cometerlo, lo cometería de nuevo. Sus consecuencias no me asustan... Eran el patíbulo ó el presidio... Bien... Me considero feliz con haberla obedecido... con haberme perdido por ella... Pero mañana

me interrogarán... ¿Qué responderé?... Nada, nada... Estoy decidido... Si entrego mi secreto á la justicia, si digo las causas que me han inducido á cometer el crimen, la persona que me lo ha hecho concebir, los sentimientos á que he obedecido, comprometo á Marcela Hebert. La consideran como cómplice mía... Vuelve á presentarse ante el tribunal, que añade una nueva condena á la que ya está sufriendo... Entonces, la esperanza que ella alimentaba se desvanece... la esperanza que me había confiado en nuestras conversaciones en la sala de visitas: después de haber cumplido la mitad de su condena, esperaba ser trasladada á Caledonia, donde yo le había prometido ir á reunirme con ella.

Pues bien, ahora iré con más facilidad, á menos que me ejecuten. Pero si consigo circunstancias atenuantes, si me condenan á presidio, nos encontraremos allá... y tal vez algún día llegue á ser mi mujer.

Por eso no he querido decir nada á los jueces... No han podido enterarse del móvil de mi crimen... Unos creyeron que yo había matado á M. de X. para robarle... Otros sospecharon que fué para vengarme, pero sin saber la causa que había motivado mi venganza.

No he vuelto á ver á Marcela desde que me sentenciaron... Pensaba: «Me ha olvidado, ó está aún en Clermont... Acabará allí su condena...» Me equivocaba... Ha cumplido su juramento, como yo he cumplido el mío... Ha conseguido ser trasladada allá, y la casualidad, sus cálculos tal vez, nos han reunido en este buque.—

Armando Fortier se detuvo. Lo había contado todo.

El paseo de las mujeres había terminado ya. Empezaban á bajar á la batería.

Fortier se separó bruscamente de Bérard, atravesó la jaula y se pegó á los barrotes para ver mejor á Marcela cuando pasase por delante de él.

La joven avanzaba, con la mirada fija en él, con la boca entreabierta, como si le enviase misteriosos besos á través del espacio.

De pronto, el vigilante Carlos Robin, que desde su sitio miraba á las mujeres con el rabillo del ojo, se dirigió á la jaula ocupada por Fortier, y, apostrofando al penado, le gritó:

—Oye, truhán, canalla, si vuelves á arrimarte á los barrotes cuando las mujeres pasen por delante de la jaula, te pongo los hierros durante quince días... No lo olvides.

Fortier palideció espantosamente, pero no contestó. Bérard se le había acercado con disimulo y le había cogido la mano.

XV

La Saone continuaba lentamente su camino. Sus calderas estaban apagadas hacía ya mucho tiempo, y sus velas la impulsaban únicamente hacia la costa de

Africa, hacia la isla de Gorée, en que tenía señalada su primera escala. En la batería, en el presidio, según le llamaban por lo regular, se habían ido acostumbrando poco á poco á la dura y penosa vida marcada por los reglamentos. Por la mañana, después de la limpieza, primera inspección, hecha generalmente por el segundo comandante, y lectura de las órdenes del día y de los castigos. Después la visita de sanidad: todos los penados se desnudan completamente, é inmóviles, cuadrados como los soldados, esperan al médico. Pasa por entre las filas, examina el rostro de cada hombre, los cabellos, las espaldas, los brazos, sobre todo los dedos de las manos y los de los pies, y se asegura de que el escorbuto y la tiña no han hecho aún ningún estrago en aquel rebaño humano. Si tiene algún temor, si algún penado le inspira sospechas, le manda llevar á una jaula pequeña especial que sirve de enfermería á los presos.

Por lo regular, los enfermos no se ven tratados con tanto esmero: á bordo de *La Virginia*, de triste recordación, el comandante M. de Launay no tuvo jamás compasión de ellos. Los dejaba morir en las jaulas, en medio de sus compañeros. La feroz severidad de algunos comandantes es legendaria, por ejemplo, la del comandante Pierre, hoy contralmirante.

El almuerzo se varía ahora. A veces distribuyen tocino, sardinas, bacalao en salmuera. Para algunos es un festín; pero cuánta sed excitan esas salazones! Así es que, tan pronto como se presentan en la jaula los cubos llenos de agua, los despachan en un abrir y cerrar de ojos. Tanto peor para los que no han

podido hacer su provisión; sufrirán la sed durante veinticuatro horas.

Una vez por semana ó dos veces al día, por una sospecha ó por un capricho, el jefe de vigilantes manda que se pase una nueva visita. En un momento, todos los presidiarios se vuelven á desnudar. Buscan, registran, no sólo en los vestidos y en los sacos en que cada uno deposita su reducido bagaje, sino su propio cuerpo en los rincones más íntimos. Visita estúpida las más de las veces: quieren encontrar una camisa robada, por ejemplo, y la buscan en los cabellos, en la boca de los hombres y en otras partes.

En el centro del día, cuando todos duermen á bordo, los penados empiezan á gozar de alguna tranquilidad. Se sientan en el suelo, y juegan á los juegos permitidos; al dominó, á la lotería, á las damas, ó bien á juegos de prendas en que dominan siempre la burla grosera y los chistes obscenos.

No transcurre mucho tiempo sin que algunos saquen de un escondite, que nadie ha logrado descubrir, una baraja, y proponen á sus compañeros una partida. Los rodean, de modo que nadie los pueda ver, y la partida empieza, animada, febril. Juegan dinero... sí, dinero... que han conseguido sustraer á todas las miradas, á todos los registros. Juegan también el derecho á la hamaca, la ración de vino ó de café, la de bacalao, una galleta, un trozo de tabaco para mascar. Tedo eso, en ciertas situaciones, adquiere un valor inmenso, y, para adquirirlo, se acaloran, disputan, y con frecuencia se pegan.

A eso de las dos, por secciones de veinte ó treinta

hombres—á cada sección le toca próximamente un día sí y otro no,—los presos suben al puente durante una hora. Los colocan en un recinto formado por cuerdas y rodeado de soldados de infantería de marina, con bayoneta calada. Pueden sentarse ó pasearse y fumar un puñadito de tabaco que les reparte un vigilante al llegar al puente.

A las cinco, la comida, en que dominan las judías. Después, la distribución de las hamacas, de los colchones y de las mantas, que durante todo el día han estado expuestas al aire libre.

Al anochecer, un vigilante recorre el pasillo estrecho que separa las jaulas del casco del buque, y grita: «A cerrar las bordas.» Inmediatamente los hombres de servicio tiran de las cuerdas y bajan las maderas de todas las bordas.

Está oscuro. La batería no está alumbrada más que por unos cuantos faroles. Durante un rato aún, hablan en voz baja. Es el momento de las confidencias siniestras. Luégo, las cornetas tocan: «A dormir,» y los vigilantes gritan, recorriendo las jaulas: «Silencio en el presidio.»

El día ha terminado; empieza la noche.

XVI

La jaula de que es jefe Bérard, es la que está más limpia y más ordenada.

—¡Muy bien, muy bien! Estoy contento de esos hombres—dijo el segundo comandante después de su visita.—Mañana tendrán doble ración de vino y una extraordinaria de aguardiente.

Los penados, que, al oír esto, debían haberse regocijado, no chistaron. Sabían por experiencia que esas promesas no se cumplen nunca, bien porque el oficial se olvida de dar las órdenes oportunas, ó porque no se cuidan de ejecutarlas. Si hubieran reclamado, si se hubieran quejado, tal vez se les hubiera atendido. Pero el presidiario es demasiado listo para quejarse: los empleados subalternos le hacen luégo pagar demasiado caro el éxito que consigue con los jefes.

Entregado á sus propias fuerzas, Bérard no hubiera podido probablemente hacerse obedecer por todos los hombres de su jaula. Algunos son bribones redomados, siempre rebeldes, incapaces de ejecutar órdenes dadas con dulzura. La fuerza bruta es la única que puede dominar á aquellas naturalezas brutas... Pero sus compañeros están ahí, Fortier sobre todo, para decirle: «Si no obedeces, si no haces el servicio,

si nos castigan por culpa tuya, te remojaremos mañana por la mañana a la hora de la limpieza... Cortaremos esta noche las cuerdas de tu hamaca para que te rompas la erisma... Si eso no basta, te sacudiremos de veras.» Esas amenazas, seguidas de alguna demostración, les conmueven mucho más que todos los razonamientos del mundo. Obedecen refunfuñando, echando a su alrededor miradas feroces, como la fiera que viene a lamer la mano del domador que quisiera devorar.

Sí, hay hombres terribles en la batería. Se creería que no están allí más que para justificar las medidas de rigor tomadas contra ellos. No tienen ningún sentimiento humano, pero en cambio abundan en instintos propios de las fieras: listos, fuertes, ágiles, glotones, hipócritas, siempre dispuestos a pegar a los débiles. Pasan su vida con esposas en los pies, atados con una cadena a un barrote. Nada les importa. Se ríen, se ríen continuamente, no teniendo en los labios más que injurias y obscenidades. En los presidios de Tolón y de Brest les están destinadas ciertas salas, ciertos pontones; en Noumea constituyen parte de una categoría especial, la cuarta. Pero en los buques de transporte, por falta de espacio, están mezclados con los demás hombres que padecen con su contacto, con aquel terrible contacto.

Cuando las continuas visitas, las revistas incesantes, los servicios que hay que mandar y vigilar dejan a Bérard un momento de libertad, pasa el tiempo, con la frente apoyada contra las rejas de la jaula, enfrente de una borda abierta de par en par. Tiene la mirada fija en el mar, en el cielo, en el horizonte.

Piensa en su hija: sigue viéndola allá, allá; le sonrío a través del espacio. Ha debido llegar ya; probablemente se ocupa en idear con sir Gardiner proyectos de evasión. ¡Ah! Sabe que puede contar con aquellos dos corazones, y aquel pensamiento le sostiene, le infunde valor para soportar todas sus penalidades.

Parece, por lo demás, que el comandante, cuyos favores ha rehusado, vela sobre él de un modo indirecto y oculto: los vigilantes, el mismo Carlos Robin, que tan grosero es con todos los penados, le tratan bastante bien.

A veces un joven aspirante baja a la batería, se acerca a la jaula y, apoyado contra las rejas, se entre tiene hablando un rato con él. Hablan del camiao recorrido por la fragata, de la marcha que ha hecho el día anterior, de los temores que puede inspirar el aspecto del cielo, del mar ó de las indicaciones del barómetro. Esos datos son preciosos para hombres que sólo tienen un pensamiento: llegar al término del viaje.

En cuanto se aleja el aspirante, Bérard comunica las noticias a sus compañeros, que le escuchan religiosamente. Los penados se figuran que Caledonia es la tierra prometida, y dicen: «Allí no tiene uno que trabajar. Hay más libertad. Se puede beber. Cada uno tiene su casa y su mujer.»

Esas esperanzas, que les han dado en Francia, en el depósito ó en las cárceles centrales, se ven fallidas en cuanto llegan a la isla de Nou. Pero creen, esperan, y, en realidad, es lo que más les conviene por el momento.

La fragata se ha detenido veinticuatro horas en-

frente de Gorée, y se dirige hacia el Brasil, según acostumbran los veleros ó los buques que tienen una máquina poco potente, que no usan sino para entrar en los puertos ó para vencer la calma chicha. Toman una dirección completamente opuesta á la que debían seguir, puesto que van hacia el Oeste y que la Caledonia está al Este. Pero van á buscar vientos que les permitan doblar con más facilidad el Cabo de Buena Esperanza.

Después de haber descansado dos días en Santa Catalina, en la costa del Brasil, la *Saone*, dejando á América, puso la proa hacia el Sur del Africa.

Un día, en que la mitad de los penados, rendidos por el calor, dormitaba sobre los bancos, y que la otra mitad jugaba á la lotería, el vigilante Robin se precipitó como un loco hacia la jaula de que era jefe Bérard. Tenía en la mano una naranja.

XVII

Durante la escala hecha por la *Saone* en la costa del Brasil, el comandante había autorizado á los penados para que hicieran acopio de naranjas. Era una medida higiénica muy prudente, destinada á combatir el escorbuto, siempre temible durante una larga travesía. Grandes barcos, cargados de fruta y tripulados por

los naturales del país, se acercaron al buque, y los encargados del acopio, á quienes sus compañeros habían confiado sus diversos peculios, compraban enormes sacos de naranjas muy pequeñas en Santa Catalina, de cáscara verde aún, pero de sabor muy dulce, al precio de noventa céntimos el ciento.

A primera vista, parecía muy natural que Carlos Robin, el jefe de los vigilantes, tuviese una naranja en la mano, y nada explicaba la causa de su ira. Pero muy pronto la comprendieron.

—¿Quién de vosotros, miserables, canallas—exclamó,—ha arrojado esta naranja á la jaula de los mueres?

Nadie contestó.

—¡Ah! ¿no queréis hablar?...—repuso Robin.—Pues bien, ahora lo vamos á ver.

Bérard se adelantó.

—Caballero...—dijo.

—No me dirijo á usted... No le pregunto nada... No le acuso... ¿A qué viene el defenderse?

—No me defiendo. Pero, como jefe de jaula, he creído que debía hacer á usted algunas observaciones.

—¿Observaciones? ¡De veras! ¡va usted á hacerme observaciones!... ¡á mí!... ¡Vaya por Dios, es usted muy desahogado!... Pero, en fin, corriente... Veamos esas observaciones.

—Son muy sencillas, caballero... Se juega con esas naranjas... No lo ha prohibido usted... A veces se escurren de la jaula y ruedan por la batería... Alguna puede haber ido hacia aquel lado por casualidad.

—¡De veras, por casualidad! ¿Y ha hecho usted ese

descubrimiento solito?... Con razón dicen que es usted muy listo... Y este billete ¿está también por casualidad en esta naranja? Sí, un billete... una carta, como usted quiera... No hay duda que vigila usted bien á sus hombres... ¡Está buena su jaula de usted!... Mire usted lo que he encontrado en esta naranja.

Levantó un pedacito de cáscara, que al pronto no parecía estar cortado, y sacó un papelito, que desdobló.

Nadie se movía. Empezaban á comprender la gravedad del asunto.

Robin desdobló el papel y leyó estas palabras:

«Te agradezco que hayas cumplido tu palabra. Soy dichoso con saber que estás en este buque. Te amo siempre con pasión, con furor. Nos encontraremos allí.»

—¿Qué tal? ¿Está muy bien escrito, no es verdad?— continuó el vigilante, arrojando á su alrededor miradas furiosas.—Sólo que el reglamento prohíbe terminantemente toda comunicación con las mujeres, y el autor de este billetito debe saber lo que le espera: un mes de calabozo... ¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Y, dirigiéndose á Bérard, repuso:

—Conteste usted.

—No puedo contestar, caballero, nada sé.

—Debía usted saberlo... Usted es el jefe de la jaula.

—Para mandar los servicios, caballero, para procurar que haya orden, y me parece que cumplo con mi deber... Pero el reglamento no me prescribe que espie á las personas con quienes vivo.

—¿Lo cree usted así? El reglamento le prescribe, por el contrario, que impida que se cometan infracciones... y si no llama usted infracción el haber escrito cartas como ésta...

—No la he visto escribir, caballero... No puedo verlo todo.

—Basta... Ahora ya no me dirijo á usted... Le prohíbo que conteste... Hablo á toda esa canalla... ¿Quién es el culpable? Vamos á ver, estoy esperando... Que salga de las filas, que se adelante.

Nadie se movió.

—¡Ah, cobardel ¡no se atrevel— vociferó Robin.— Prefiere que se castigue á todos los de la jaula.

—Nada demuestra—prorrumpió Bérard—que esa naranja haya salido de esta jaula.

—Le había prohibido á usted que hablara... Una desobediencia.... Perfectamente, el parte será más completo—repuso Robin, encantado, al parecer, de encontrar en falta á Bérard. Y continuó:—Y yo aseguro que el culpable está aquí, porque esta jaula es la más próxima á la de las mujeres... Las demás están demasiado lejos... Una naranja no hubiera podido rodar hasta allá... Vamos, ya hemos hablado bastante. Escuchad bien, todos... Si dentro de un cuarto de hora nadie se ha denunciado, todos, sin excepción, seréis castigados, y diez hombres, escogidos entre los que tienen peores notas, llevarán los hierros... He dicho.

Cuando se hubo marchado, se miraron. Empezaron algunas conversaciones. Los rebeldes, los indómitos, comprendiendo que les esperaban los hierros, daban á entender que les disgustaba pagar por otro. Pero na-

die levantó la voz para pedir que se denunciase al culpable.

Transcurridos diez minutos, volvió el vigilante y gritó:

—¿Conque el culpable no se atreve á hablar?... ¿Tiene miedo?

Entonces Fortier se adelantó y dijo:

—No tengo miedo... Yo he sido el que ha escrito esa carta.

XVIII

—¡Ah! ¡eres tú, eres tú!...—gritaba Robin.—Me lo figuraba. Te había cogido ya pegado á los barrotes de tu jaula á la hora del paseo de las mujeres... ¡Ah, eres tú! ¿Y á quién escribías esta carta?

Fortier calló.

—¡Ah! ¡no contestas! Tienes miedo de comprometer á tu querida... No tengas cuidado, ya hablará también ella cuando le toque la vez. También nosotros somos listos.

—Sois más fuertes—murmuró Fortier.

—Me parece que te permites hacer observaciones, miserable, canalla... Ten cuidado... Ya sabes que llevo un revólver en el cinto y que tengo derecho á hacer uso de él.

—Si levantase la mano sobre usted, sí; pero no la

levanto—contestó el penado, muy pálido y haciendo inmensos esfuerzos para contenerse.

—¡Ah! no te contentas con escribir cartitas—repuso Robin;—quieres también pronunciar discursos... Bueno, bueno. El calabozo te amansará... Un mes de oscuridad bastará para calmarte.

Se alejó murmurando nuevas injurias. Aquel ex sargento Tenorio, como le llamaban en el regimiento; aquel rubio de temperamento sanguíneo, de pasiones vivas, no admitía que se tuviesen las mismas pasiones que él. En cada hombre enamorado veía un rival y le odiaba. Se hubiera constituido de buena gana en guardián de todas las mujeres, para conservárselas para él solo y que nadie pudiese aprovecharse de ellas. Así es que no tenía más que una idea fija: saber el nombre de la que se permitía amar y ser amada sin que él tuviera en ello participación alguna. Pero ¿cómo saber su nombre? La naranja no había llegado á su destino, y cada una de las mujeres negaría, de seguro, que le fuese dirigida. No podía amenazarlas de castigarlas á todas, puesto que ninguna había cometido falta alguna material. Además, la culpable no se denunciaría como se había denunciado Fortier. Las mujeres, y en particular aquellas de que se trataba, no tenían escrúpulos tan delicados. Otra razón impedía también que Robin procediese en aquella ocasión con brutalidad ó por medio de presión moral. A pesar de su cargo de jefe de vigilantes, no ejercía autoridad alguna sobre las mujeres. Le estaba terminantemente prohibido entrar en su jaula, en la que no penetraban, en el momento de la visita, sino el comandante, el se-

gundo y el servicio de sanidad. Se hallaban bajo la completa dependencia de las hermanas de San José de Cluny.

Después de algunos minutos de reflexión, Robin creyó que debía apelar á la astucia si quería llegar á saber lo que le interesaba. Decidido á conseguirlo, se presentó inmediatamente á la hermana encargada de la vigilancia.

Era una mujer de unos cuarenta años, fea, seca, muy severa para las penadas, no dispensando ninguna falta, tal vez porque su temperamento no le había impulsado nunca á cometerlas, dura para todo el mundo como lo era para ella misma. Tenía la pretensión de dirigir la jaula como se dirige un convento; de regenerar, por medio de la oración y de la mortificación, aquel rebaño de ladronas, de envenenadoras, de infanticidas y de antiguas prostitutas. Trataba como religiosas á mujeres que no tenían, por cierto, ningún sentimiento religioso, ni vocación alguna para la vida de reclusa.

Además, era muy fácil que se equivocase: la hipocresía, tan frecuente en los presidios, abunda sobre todo entre las presas. Se fiugen sumisas, bajas y rastreras para conseguir el más pequeño favor, se confunden en oraciones, van á confesarse y comulgan todas las semanas para congraciarse con las hermanas. Si se quisiera conocerlas bien, juzgarlas con exactitud, habría que sorprender sus cínicas conversaciones, sus gestos obscenos cuando se las vuelve la espalda, y saber el secreto de sus noches en los dormitorios de San Lázaro, de los presidios centrales ó en las jaulas de transporte.

La hermana á quien el vigilante comunicó su descubrimiento, se escandalizó.

—¡Cómo! ¿usted cree—dijo con indignación—que median relaciones entre sus penados y mis pensionistas?

—Estoy seguro de ello.

—¡Ah! si yo conociese la que se ha atrevido...

—Pues nada más fácil que eso, hermana...

—¿Y qué es necesario hacer para ello?

—Dejar que esta naranja llegue á su destino.

—¡Cómo! ¿queréis?...

—Quiero emplear el único medio que hay para llegar á descubrir la verdad... La mujer á quien Fortier haya escrito esta carta la espera sin duda alguna, está prevenida de que va á recibirla, probablemente conoce también el medio de que se han de valer para que ella la reciba. Si nosotros dejamos que la naranja penetre en la jaula, no cabe duda de que la interesada encontrará algún medio para apoderarse de ella, examinarla y concluir por descubrir el papel de la misma manera que yo lo he hecho... Ocultaos detrás de una de las ventanas de la jaula y con seguridad veréis todo lo que ocurra y conoceremos á la culpable.

—Sí, ése es mi deber...—dijo la hermana;—esa mujer puede pervertir á las demás.

«Muy difícil es eso,» pensó Robin. Pero había conseguido lo que deseaba, puesto que iba á conocer la querida de Fortier, y su sensualidad se despertaba al encontrarse metido en esta aventura.

XIX

Si bien es verdad que en la sección ocupada por los hombres podía encontrarse aún muchos sacos completamente llenos de naranjas, no lo es menos que desde hacía dos ó tres días no era fácil encontrar media docena de ellas en el departamento de mujeres. Éstas se habían abalanzado sobre el sabroso fruto con verdadera avidez, y lo habían consumido en muy pocas horas. No contentas con haber satisfecho su glotonería, se habían puesto á jugar con las naranjas á guisa de pelotas, haciéndolas rodar por el suelo, y se habían servido de ellas como proyectil para arrojárselas al rostro y tener un rato de expansión. Para terminar, el fruto del Brasil había durado en aquellas manos pródigas tanto como duran las rosas, el espacio de una mañana.

Una vez Robin puesto de acuerdo con la hermana, se aprovechó de aquella circunstancia. Colocó en una especie de tonef roto que estaba vacío algunas docenas de naranjas, metiendo entre ellas la que contenía la carta, y mandó este regalo á la jaula de las mujeres por conducto de una de las hermanas. Al mismo tiempo, la hermana que ejercía la vigilancia en jefe se deslizaba como un lobo hacia su convento, como ella ll-

maba á aquel pedazo de presidio que estaba confiado á su custodia, y lanzaba una mirada penetrante y curiosa por las rendijas de la ventana.

Aquellas mujeres dejaron escapar un grito de alegría cuando vieron entrar aquel sabroso fruto, del cual no les quedaba ya más que el recuerdo.

Todas á la vez tendieron la mano para coger su presa. Marcela Hebert las detuvo.

— Esperad, esperad — les dijo. — Tratemos de que este placer dure, puesto que nos quedaremos bien tristes cuando nos las hayamos comido todas... debemos dedicarlas á nuestro entretenimiento y distracción.

— ¿Cuál?

— Propongo una lotería.

— ¡Una lotería!... Sí, sí, es una buena idea — gritaron varias mujeres.

— Pero ¿cómo vamos á realizar esa lotería? — preguntó una de ellas en aquel momento.

— De la manera más fácil... — contestó Marcela. — Se pondrá un número sobre cada una de las naranjas... se harán otros tantos que les correspondan y se sacarán á la suerte... Unas ganarán las naranjas grandes y otras las pequeñas, según decida la suerte.

Estaban llenas de alegría; parecían más bien muchachas, y cualquiera se hubiera creído estar en un colegio de niñas.

Marcela Hebert se encargó (según su mismo cálculo) de preparar la lotería, empezando por tratar de hacer los números. Como no había papel, pluma ni tinta, se reemplazó todo esto por un resto de camisa hecho pedazos y un palo quemado por la punta con el que se

habían trazado y numerado varias parcelas que se habían supuesto en el suelo. Después de esta operación, Marcela cogió una por una todas las naranjas, examinándolas y pesándolas para justipreciarlas y darlas un número. Terminada la operación, aquellas mujeres formaron un gran círculo. Se colocaron los números en un pañuelo, y la más inocente de aquella cuadrilla, que era una joven infanticida, empezó el sorteo. Media hora después, las que habían sido favorecidas por la suerte contemplaban y saboreaban su ganancia, mientras que Marcela, por su parte, sentía la satisfacción de poseer una naranja y, lo que era más importante, la carta que aquélla contenía. Efecto de este sentimiento, podemos decir que ella se entregaba á una exaltación moral y material, cuando la hermana superiora entró de repente en la jaula y se arrojó sobre Marcela...

—Deme usted—le dijo—la carta que acaba usted de recibir.

—¿Qué carta, hermana?

—Es inútil el fingimiento; os he visto... la tenéis metida en el corsé.

Marcela Hebert levantó la cabeza y presentó el pecho.

—Pues bien; si estáis segura de lo que decís, tomadla—dijo.

La hermana retrocedió: sus manos, que ella creía tan puras, sentían repugnancia si tocaban aquellas carnes prostituidas. Pero el sentimiento del deber triunfó de sus escrúpulos y de su castidad. Sus afilados dedos, descarnados y fríos, penetraron en aquel

soberbio seno, donde hubieron de perderse, y trémulos por su audacia se retiraron rígidos, llevando sujeto entre ellos un pedazo de papel impregnado de calor y humedad por el sitio en que había estado.

—¿Quién le ha escrito á usted esta carta?—preguntó la hermana.

—No lo sé—dijo Marcela.

—¿Se atreve usted á mentir?... ¡Cometer un pecado mortal!

—¡Oh! ¡mortal!—dijo la condenada sonriendo...—¡Si me hubiera muerto por todos los pecados que he cometido!

—Pero seréis castigada después de vuestra muerte, ¡desgraciada!... ¿no piensa usted en el infierno?

—¿Y para qué pensar en él?... Ya estoy en el infierno.

—¿Llama usted infierno á este navío... á esta cámara?

—¡Oh! ¡esta cámara!

—En donde trato á usted como á mi hija...

En aquel momento se dejó escuchar alguna rechifla. La hermana se volvió, y con una mirada severa impuso silencio á todas las presidiarias y salió diciendo á Marcela Hebert:

—Usted no se da cuenta de lo que es el infierno, hija mía... Por su propio interés, por la salvación de su alma, es preciso que usted le pruebe anticipadamente.

—¡Amén!—dijo Marcela con insolencia.

—¡Amén!—repitieron las demás mujeres, siguiendo su ejemplo.

XX

Una hora después, el comandante de la *Saone* recibía dos partes, exageradamente enérgicos, redactados por el jefe de vigilancia del departamento de hombres y por la hermana superior de las mujeres. Estos dos partes no produjeron todo el efecto que podían esperar el vigilante Robin y la hermana de San José de Cluny. Si se hubieran dirigido al segundo comandante, encargado especialmente de la fragata y de los negocios del presidio, es muy probable que, sin haber hecho ninguna clase de examen, habría aplicado la pena de calabozo. Pero la casualidad había querido que el comandante primero, dueño soberano á bordo, tuviese conocimiento de estos partes. Éste era un hombre severo, como ya hemos dicho, pero no era cruel. No le llamó la atención, según se esperaba, que un preso para distraerse hiciera el amor á una presidiaria, y que ésta tuviese la debilidad de leer sus declaraciones. Él exigía únicamente que los transportados observasen estrictamente la disciplina, pero no pretendía hacer de ellos personas virtuosas y sin pasiones, que fuesen dignas de ser canonizadas en su día.

Ultimamente, aquel día estaba de buen humor: el estado sanitario de los oficiales, marineros, tropas de infantería de marina que conducía á Caledonia y el de

los forzados era excelente, puesto que solamente habían ocurrido algunos casos de fiebre, sin que ninguno presentase carácter epidémico. La travesía se presentaba bajo los mejores auspicios. Desde que se habían alejado de las costas del Brasil, la fragata caminaba perfectamente, haciendo con regularidad ocho nudos por hora, que es una velocidad más que suficiente para un transporte del Estado. Si el tiempo continuaba favorable, era muy fácil doblar en seguida el Cabo de Buena-Esperanza y ganar sin demora el mar de las Indias.

En tan buenas disposiciones y después de haber leído ambos partes, pasó la vista por la carta que era adjunta y llamó al capataz de armas, mandándole que impusiese á Fortier quince días de castigo y ocho á Marcela. Estas penas eran demasiado ligeras, comparadas con las en que los presidiarios habían incurrido.

Esta benignidad exasperó al vigilante Robin. Estaba tan seguro de que el castigo sería de un mes de calabozo, que así se lo había anunciado á Fortier delante de todos sus compañeros; así es que, como no lo había conseguido, su amor propio se sentía herido y se encontraba rebajado ante todo el presidio.

Había además otro motivo que aumentaba su irritación; se había prometido á sí mismo aprovechar la estancia de Fortier en el fondo del calabozo para reemplazarle en el corazón de Marcela Hebert, acordándose del refrán «A muertos y á idos...» Aquella presidiaria embargaba en aquel momento su espíritu, y era un doble incentivo para sus brutales apetitos, excitados ya por dos meses de mar. Hasta aquel día

apenas había reparado en ella, confundida como estaba en aquel montón de mujeres, porque sus groseros instintos se inclinaban especialmente sobre dos ó tres campesinas de excesivo desarrollo que iban á bordo, y éste era su tipo. Pero desde que la casualidad le había hecho reparar en Marcela, su gusto se había afinado, comprendiendo mejor á la mujer y empezando á darse cuenta de la belleza de las formas y de la gracia de los contornos. Además, Marcela era amada por otro, á quien parecía corresponder, y el sentimiento de los celos, del deseo, de la envidia, que batallaban sordamente en su alma, encontraban una ocasión para manifestarse.

Pero sea como quiera, lo exacto es que, á pesar de su decepción y de su cólera, le fué preciso obedecer las órdenes del comandante y contentarse con poner un poco de hierro más á aquel hombre que él habría sido dichoso con poder enviar al calabozo en el fondo de la cala. Para poder resarcirse de este contratiempo realizó por sí mismo la sentencia, teniendo buen cuidado de mandar que la argolla destinada al pie del presidiario estuviese lo más apretada que fuese posible, y que la barra de hierro á que estaba sujeta fuese bien pequeña, con el dañado objeto de que sus movimientos fuesen ménos libres.

Mientras que con estos actos daba alguna satisfacción á su cólera, la hermana de la Caridad hacía ejecutar las órdenes del comandante, que la había transmitido el capitán de armas. Pero por esta parte se presentaba una complicación: cuando los hombres sufren ciertos castigos durante la travesía, es de cos-

tumbre, lo mismo en la *Saone* que en los demás transportes, que las mujeres que también lo sean se las saque de su departamento, encerrándolas en una jaula de un metro de largo, y sin ventana, que está situada enfrente de la sección de hombres, de la cual, según sabemos, era jefe Berard. La casualidad, ayudada por el reglamento, ponía á Marcela Hebert y Fortier enfrente uno de otro, ambos encadenados y separados únicamente por el pasillo de servicio y los barrotes de sus respectivas jaulas.

El jefe de vigilancia no había previsto el caso... Desde el principio de la travesía, Marcela era la única mujer que había sido castigada, y Robin no conocía exactamente el lugar en que había de sufrir el castigo.

Cuando la vió enfrente de Fortier, cambiando con éste furtivas miradas que no podía impedir, tuvo un primer movimiento de cólera. Pero muy pronto se apaciguó: la proximidad de Marcela y Fortier podía ayudarle en su venganza proporcionándole ciertas crueldades que entreveía y saboreaba de antemano.

XXI

Júpiter, el dios de los dioses, para castigar á Tántalo, que le había robado á Ganimedes, según dice la leyenda, le condenó á sufrir eternamente el hambre y la sed. Para hacer aún más cruel su suplicio, colocó